

# JUAN GOYTISOLO Y LA TRADICIÓN AUTOBIOGRÁFICA ESPAÑOLA

*Randolph D. Pope*

Washington University en St. Louis

La historia de la historia de la autobiografía es ilustrativa de cómo el pasado fluye a partir del presente, cómo es recreado de acuerdo a los intereses y preferencias de cada generación y cómo encierra una doble tradición, la institucionalizada, la que confirma el presente con los antecedentes del pasado, y la tradición inquietante, cuestionadora e inasimilable. Desde la publicación a comienzos de siglo, en 1905, de *Autobiografías y memorias* por Serrano y Sanz hasta el reciente número especial de *Anthropos* en Barcelona, dedicado totalmente a la autobiografía, no sólo ha pasado casi un siglo sino que ha cambiado la concepción prevalente de lo que es la literatura; solía decirse que la autobiografía no era literaria porque era simplemente la versión escrita de una memoria privada, algo que, dado el ocio necesario y suficiente tinta, cualquiera podría hacer. Acaso su valor residía en ser cantera de historiadores, quienes, siguiendo la admonición de Ranke, simplemente decían, o creían decir, las cosas como son. Pero la publicación del excelente libro de Lejeune sobre el pacto autobiográfico en 1975, la insistencia sobre la construcción literaria de los textos históricos que puede remontarse a Nietzsche y que encuentra su apogeo en *Metahistory* de Hayden White, el interés por lo marginal y múltiple —bien representado en epistolarios, diarios y autobiografías— un interés que asociamos con el postmodernismo, han modificado nuestra perspectiva sobre cómo ordenar los libros de nuestra biblioteca imaginaria. Estos desplazamientos de las categorías evaluativas han ocurrido con frecuencia en el pasado, pero, en la misma forma en que es más fácil observar que un barco ha cambiado de dirección cuando se lo observa desde la costa que cuando uno está a bordo y leyendo en un camarote, no es fácil analizar su profundidad o significación cuando afectan nuestro trabajo actual. Cuando surge un autor o período antes soterrado y desdeñado en el pasado, preferimos hablar de descubrimiento y nos asombramos ante la ingenuidad y el mal gusto de nuestros antepasados. Que alguien haya preferido, como ocurrió en el pasado, a Virgilio sobre Homero, a Avellaneda sobre Cervantes, a Pereda sobre

Clarín o Pardo Bazán, nos parece una forma de empecinada perversidad. Pero hay aquí algo más misterioso y que merece examinarse con cautela.

Comenzar a escribir una autobiografía exige una compleja elección de modelos. Edward Said ha explicado en detalle en *Beginnings* algo que todo escritor conoce pero que se prefiere soslayar, esto es, que para comenzar a escribir una novela, un soneto, o un libro de historia es necesario tener un modelo orientador de lo que es una novela, un soneto o un libro de historia. Por supuesto, es posible que la escritora se aparte de este modelo, que acabe con una novela, como Unamuno, pero este desvío ocurre a partir de un patrón inicial. En el caso de Juan Goytisolo, el autor de la autobiografía española contemporánea de mayor éxito tanto entre el público en general como entre los críticos, una autobiografía en dos volúmenes, *Coto vedado* (1985) y *En los reinos de taifa* (1986), la autobiografía vino al final de una larga serie de novelas de un claro contenido autobiográfico. Sus primeras novelas, de los años cincuenta, describen la situación social siguiendo los modelos de una literatura comprometida en la que se utilizaban estrategias del neorrealismo italiano, el realismo socialista, el existencialismo y el periodismo. La propia historia era una historia de clase y el individuo una conciencia enfrentada a una decisión significativa en una situación determinante. Más tarde, especialmente a partir de *Señas de identidad* (1966), el enfoque cambia al examen de esta conciencia individual que ahora se ve contaminada por una educación que es necesario hacer pasar por el tamiz de un examen crítico. No es necesario insistir aquí sobre la deplorable limitación cultural a la que la censura y la cautela habían llevado durante las primeras décadas de la dictadura franquista, en las cuales se había educado Goytisolo. ¿Qué modelos tenía a mano como legítimos y oficiales? Las vidas de santos y las vidas de los héroes cívicos. San Agustín, Santa Teresa y San Ignacio forman el triunvirato en la cúspide de una serie de vidas ejemplares que desde el púlpito y la cátedra se proponían a la juventud española. Éstas son, sin duda, tres autobiografías notables, especialmente si se las lee prestando atención a su complejidad y valientes contradicciones. Pero en las versiones mediatizadas se traducían en modelos inaceptables de rechazo de los placeres de la carne, sometimiento a la autoridad y ortodoxia. Goytisolo debe buscar en otra parte y lo hace primero cruzando fronteras literales y literarias. El mapa de sus peregrinaciones pasa por París, Cuba, Marruecos y Nueva York. Sus lecturas lo llevan a Jean Genet, posiblemente el modelo más importante sobre su obra y sobre quien he hablado en otro estudio. Luego vienen otros encuentros con almas gemelas: el converso al Islam Ibn Turmeda, Lawrence de Arabia, Constantino Cavafis. Todos ellos ejemplificaban la heterodoxia religiosa, política y sexual. ¿Pero no había en España alguien semejante?



Goytisolo va a redescubrir un autor cuyo olvido parece hoy descomunal, un español que ha escrito uno de los sonetos más famosos de la lengua inglesa, José María Blanco White (1775-1841). Sólo la edición de Vicente Llorens de una *Antología de obras en español* en 1971, su traducción de las *Cartas de España* en 1972 y la edición hecha por Goytisolo de la *Obra inglesa* también en 1972 (prudentemente publicada en Buenos Aires), hizo algunas obras de Blanco más accesibles, acompañadas de un prólogo extremadamente informativo sobre la biografía del autor. Llorens mostraba bien la familia irlandesa/sevillana de la burguesía en la cual había nacido Blanco en 1775; su aversión al mundo de los negocios; su ingreso al clero como un modo expedito de continuar su desarrollo intelectual; la crisis de su fe; su participación activa como periodista en la guerra de la independencia; su exilio elegido en Inglaterra; su rápido ingreso a un círculo de teólogos y escritores que lo apreciaban como persona, intelectual y religioso; sus años de Oxford, tocando el violín con Newman y discutiendo con Whately; su amistad con Andrés Bello; sus esfuerzos por darle una carrera a su hijo, nacido en España de una amante a quien Blanco no volvió a ver; sus lecturas de Homero, Tasso, Cervantes, Goethe, Michelet, Fichte, en los años de su ocaso, con el hígado destrozado, las manos hinchadas y las piernas paralizadas, pero todavía dictando cartas a sus innumerables correspondientes.

Juan Goytisolo comienza su introducción a la *Obra inglesa de Blanco White* con una afirmación que es sólo parcialmente verdadera: "La historia de la literatura española está por hacer: la actualmente al uso lleva la impronta inconfundible de nuestra sempiterna derecha" (3). Lo que Goytisolo llama aquí "la historia", en oposición a "la historia actualmente al uso" acaso nos parezca a la mayoría de nosotros más convincente pero no es necesariamente definitiva ni completamente más exacta. Grandes espacios de nuestra cultura dejan de recorrerse, pierden su encanto en cada vuelta del camino. Goytisolo ve en el olvido de la obra de Blanco la labor de un mecanismo de represión, de perversa depuración, y la herencia incuestionada de opiniones de Menéndez Pelayo, de quien destaca con inteligente regocijo una serie de opiniones hoy insostenibles, por ejemplo sobre la independencia de América y la expulsión de los judíos y moriscos (6-7). Pero hay aquí algo notable: el enfrentamiento entre Goytisolo y Menéndez Pelayo se debe a que ambos han mostrado un especial interés por los heterodoxos, como lo prueba fehacientemente, en el caso de Menéndez Pelayo, la *Historia de los heterodoxos españoles* y el largo estudio con que prologa las *Obras literarias* del abate Marchena, del cual hay que leer este inspirado párrafo:

Tal fue Marchena, a quien acaso nadie ha definido mejor que Chau-

teaubriand, llamándole “sabio inmundo y aborto lleno de talento”. Propagandista de impiedad, con celo de misionero y de apóstol, corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo, sectario intransigente y fanático, estético, tímido y crítico arrojado, medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase a simular la inspiración a fuerza de terquedad y de artificio, acerado polemista político, prosador desigual, aunque jugoso y de bríos, hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones, enamorado de sí propio, henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba a los autores más diversos: a Benito Espinoza, al divino Herrera, a Catulo o a Petronio. El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fue violento y extremo, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fatuo (¡semejante ¡hay! a tantas otras brillanteces meridionales!) algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno (209-10).

¿Quién hay hoy que no sienta, al leer esta elocuente opinión de Menéndez Pelayo, un gran interés en leer a Marchena, en saber más “de la novela de su vida”? ¿No está clara la fascinación de don Marcelino por tan extraño personaje? Si Marchena es “hombre de negaciones absolutas”, Menéndez Pelayo es hombre de negaciones relativas en las que se cuele a grandes rachas la perplejidad y la admiración. Una prosa original, lo que le reconoce a Marchena, es el más alto elogio del erudito. Basta leer las primeras palabras del Libro Sexto de la *Historia de los heterodoxos*: “Uno de los caracteres que más poderosamente llaman la atención en la heterodoxia española de todos tiempos es su falta de originalidad” (7).

Tanto Menéndez Pelayo como Goytisolo están luchando contra la institución del museo, que contiene en una forma esterilizada: para ambos, el ejemplo de Blanco o Marchena ejerce una influencia diabólica. Conviene aquí recordar la etimología de diabólico: lo que separa o desune, Menéndez Pelayo destaca esas alternativas vitales, las heterodoxias, como una forma de delimitar su ortodoxia, pero tiene la sabiduría de reconocer la fragilidad de la civilización que él celebra, al hacerse el portavoz de sus descontentos. Goytisolo, en cambio, busca fundar en el pasado una tradición alternativa, una genealogía, y declarar la suya la única legítima. Tanto el sabio polígrafo como el rebelde novelista tienen ante Blanco un encuentro de horizontes, como los describiría Gadamer,



más conflictivo e irritante en el caso de Menéndez Pelayo, más un proceso de identificación en el caso de Goytisolo. Es un excelente ejemplo de lo que describe Gadamer en *Truth and Method*: “Todo encuentro con la tradición que tiene lugar dentro de una conciencia histórica produce la experiencia de una tensión entre el texto [tradicional] y el presente. La labor hermenéutica consiste en no recubrir esta tensión tratando de asimilar los dos de una forma ingenua, sino en hacerla conscientemente evidente” (306).

Nada hay más propio de la autobiografía que este esfuerzo por delimitar estas dos tradiciones, la que confirma y la que separa, la que se elige y la que se traiciona. La mayor parte de los autobiógrafos afirman haber aprendido poco de las instituciones que los han formado. San Agustín afirma haberse extraviado en la vida académica —donde se destacó como profesor de retórica— y en la institución eclesiástica, ya que fue formado entre los maniqueos. Santa Teresa, ya lo sabemos, se declara libre de toda erudición. Celini parece inventar la escultura. Contreras soporta mal la autoridad y elige ser ermitaño, pirata y vagamundo. Torres Villarroel, a pesar de ser sacerdote y catedrático en Salamanca, se retrata como autodidacta y extrema su marginalidad. Sartre declara no haber tenido padre. Alberti no recuerda haber aprendido nada de interés en el colegio. Y Goytisolo abomina de lo que pueda haber aprendido en el colegio y en la universidad en las horas de clase. La apertura de Gadamer o la ruptura de Heidegger se produce fuera del marco institucional, al abrirse la mirada a un horizonte radicalmente diverso por una irrupción o provocación no programada. En el caso de Blanco White su modelo fue Feijóo, quien es parte de lo que él llama “las circunstancias que ocasionaron mi emancipación de un sistema educativo digno del siglo XIII” (107). La reflexión muestra que el propio rostro está hecho en gran parte por el azar y los demás. Los momentos de epifanía que determinan el curso ulterior de la vida, la determinación que hace la vida digna de grafía, suelen ocurrir por un estímulo que se entromete en el curso rutinario, en la seriedad de la vida en serie. ¿Qué mejor Celestina para entrar en la casa bien guardada que el libro?

Todo lo que antecede ha sido necesario para mostrar la semejanza entre la labor de Menéndez Pelayo, Llorens, Goytisolo, la mía, y el momento en que se produce el deslumbramiento en la mente de Blanco. El caso ya ha sido examinado por Lucienne Domergue en un ensayo publicado en 1983, “Feijóo y Blanco White (Homenaje de un ‘hereje’ al Padre Maestro)”, en que se describe en detalle este episodio, pero sin encontrar en él más que un homenaje del discípulo al maestro. Veamos, pues, de qué se trata. Una de sus tías paternas —el aire fresco viene del lado femenino— tiene una colección de libros españoles y franceses. Allí,

cuando Blanco tiene quince años, lee a Feijóo, cuya obra le parece monumental, pero devora los catorce tomos. En sus *Cartas desde España* afirma que: "El contenido de sus páginas cayó en mi alma como las lluvias primaverales sobre una tierra sedienta" (342). Es curioso que esta imagen sea también parte central de otra autobiografía notable, la de Santa Teresa, cuyo tratado de la oración utiliza esta imagen como representativa de un estado avanzado de la oración en el que se recibe la gracia divina. Pero aquí Blanco invierte o subvierte la imagen teresiana, ya que no se trata de alcanzar la quietud de la mente y la unión, sino de despertar la razón e impulsar la separación de los diálogos familiares, el reivindicado camino diabólico que llevará a un profundo exilio. Supera este terreno deleite —otra palabra teresiana— incluso a la gloria del cielo, de acuerdo a como lo describe en el siguiente pasaje de *Cartas desde España*:

Si el poder de la lámpara maravillosa de Aladino me hubiera conducido al espléndido palacio subterráneo descrito en las *Mil y una Noches* no hubiera experimentado el placer que sentí al disfrutar del tesoro espiritual del que me creía entonces dueño. La fuerza física se desarrolla de forma tan gradual que creo serán muy pocos los que puedan gozar al experimentar un súbito comienzo de un nuevo vigor corporal. Pero mi espíritu había vivido como un pajarillo dentro de su nido, sin saber que tenía alas hasta que este maestro inesperado con su audacia le decidió a volar. Partiendo de un estado de vida casi animal, me encontré de repente en posesión de la facultad de pensar, y dudo que mi alma, cuando después de la muerte se levante a un nivel superior de existencia, sea capaz de sentir y utilizar sus nuevos poderes con más intenso deleite (33).

"A partir de entonces", de este deslumbramiento con Feijóo, recuerda Blanco en su *Autobiografía*, "la simple vista del fraile que nos enseñaba lógica en el colegio dominico me resultó odiosa" (109). La traducción de Goytisolo resulta aquí afortunada, ya que éste "a partir de entonces" marca bien el punto desde el cual su propia historia comienza a fluir en un tiempo positivo, partiendo su vida en dos.

Podemos entender fácilmente por qué Feijóo pudo tener tanta influencia en Blanco: su escepticismo ante la superstición, su resistencia al patriotismo a ultranza, su método científico, su ciencia aplicada a la vida diaria, su vasta información, su aprecio por el saber allende los Pirineos, su estilo claro, su formulación polémica con la cual de partida se establece que toda afirmación puede ser rebatida, todo ello podía confirmar la vocación cuestionadora de Blanco. Pero me parece que hay que notar un aspecto de estos volúmenes celestinescos que puede no ser aparente a esta distancia. Blanco necesita explicar a su público inglés quién fue



Feijóo: “Un benedictino que, a comienzos del siglo XVIII, combatió audazmente el sistema escolástico y recomendó la filosofía experimental, conforme a los principios baconianos” (109). Pero para su posible público español la explicación hubiera sido igualmente necesaria, ya que la enorme fama del benedictino se había eclipsado del todo a fines de siglo. Como lo ha determinado Lucienne Domergue, pasado 1789 Feijóo prácticamente no se menciona y no se publican sus obras. Feijóo, afirma Domergue, pertenece al pasado (333). Pero lo que le llama la atención a Domergue no es sorprendente dentro de la tradición autobiográfica: el efecto deslumbrante de Feijóo en Blanco depende de que pertenezca al pasado, a la tradición traicionada. Que haya habido otro horizonte en el mismo lugar en que vivimos, que este horizonte nos hubiera sido más hospitalario, y que se haya desvanecido es lo decisivo: se puede vivir de otra manera y esta otra manera es mejor, he aquí el deslumbrante descubrimiento que en su época hiciera Petrarca y que vuelve a vivir Blanco White. Prueba de que el impacto no reside en lo asimilable sino en una diferencia alienante, es que Blanco no cita a Feijóo en ningún otro lugar en sus escritos (Domergue: 342).

Una última imagen emblemática: finalmente, con motivo de la invasión francesa, la Inquisición se ve debilitada y Blanco decide pedir para su uso “algunos libros prohibidos que habían sido confiscados en diferentes épocas y se hacinaban en desorden, pasto de los gusanos, en uno de los salones de su odioso palacio... Es absolutamente imposible describir el estado de la habitación en la que me introdujeron. El suelo estaba cubierto de enormes rimeros de libros en completo y total desbarajuste; el polvo, que en los veranos ardientes de Andalucía se cuele en las alcobas más recónditas, vestía todos los objetos de una capa de más de medio centímetro: mientras sacábamos los volúmenes indistintos de su sitio, a fin de completar unas cuantas obras valiosas, nos envolvía al secretario y a mí en una verdadera nube” (177). Gusanos y polvo y los volúmenes desintegrados y desperdigados por el suelo: ascética visión de la muerte, muerte de las voces que han dado vida a Blanco y a quienes él ahora da vida, en esta pequeña y doméstica resurrección que eleva a los restauradores y a los resucitados volúmenes en una nube gloriosa.

La nube es una imagen que se contrapone en la reciente teoría del caos al reloj, cuyo movimiento sigue una dirección única y predecible. La nube tiene una forma variable e impredecible, su movimiento está a cargo de la frivolidad de los vientos, y se forma y disuelve semejante y diversa en la vastedad del cielo. La lectura que Blanco hace de Feijóo, que Menéndez Pelayo, Llorens y Goytisolo hacen de Blanco, mi propia lectura de todos ellos, tiene más de observación de nubes que de relojes. Mientras todos podemos estar de acuerdo sobre la hora —la de terminar

esta ponencia— no todos vemos lo mismo en las nubes que contemplamos y a las cuales les damos forma de acuerdo a nuestros propios intereses y deseos. Naturalmente, si mi lectura se concentra precisamente en la diversidad enriquecedora de la tradición, en la variedad legítima de las lecturas y en los comentarios de un incesante diálogo intertextual, es porque en mi propia época plural, internacional y mestiza estos valores son los que me interesa conservar: los del comentario abierto, el respeto a la alteridad y la interdependencia de las memorias y personas que nos dan vida.

#### ABSTRACT

*Escribir una autobiografía exige una compleja elección de modelos. Entre los escritores de autobiografías que Juan Goytisolo incorpora en sus propios textos autobiográficos, Coto vedado (1985) y En los reinos de taifa (1986), se encuentra José María Blanco White, escritor de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, relativamente olvidado hasta décadas recientes. Significativamente, en la autobiografía de Blanco White ocupa un lugar importante su descubrimiento de Feijoo, cuya fama había periclitado cuando Blanco lo descubre. Vemos así la estrategia autobiográfica de preferir como modelo literario una figura que es necesario reivindicar.*

*A complex selection of models is required to write an autobiography. Among the writers of autobiographies that Juan Goytisolo includes in his own autobiographical texts, Coto vedado (1985) and En los reinos de taifa (1986) is José María Blanco White, a writer from the end of the eighteenth and beginning of the nineteenth centuries, who was relatively forgotten until recently. Significantly, Blanco White's discovery of Feijoo, whose fame had been declining when Blanco discovered him, has an important place in his autobiography. Thus, we see the autobiographical strategy of selecting a figure who needs to be recovered as a literary model.*